

FLORES Y JARDINES

(BOCETO DE UN SUEÑO)

por

C. JINARAJADASA

TRADUCIDO DEL INGLES

POR

CARMEN MATEOS DE MAYNADÉ

BIBLIOTECA ORIENTALISTA

EDITORIAL R. MAYNADÉ

Apartado, 787 – Barcelona

1929

*Al Maestro KUT HUMI
quién me inspiró el sueño*

INDICE

<u>Cap.</u>		<u>Págs.</u>
I	- Flores	4
II	- Jardines	7
III	- Jardineros – La Cabeza	10
IV	- Jardineros – El Corazón	12
V	- Jardineros – Flor del Corazón	15
VI	- ¿Sueño o Visión?	16
	Ofrenda	19

I

FLORES

Acabo de tener un vívido sueño, y aunque estoy ahora del todo despierto, vivo en él todavía. Soñé un extraño lugar y gente extraña. Me parecía ser uno de ellos y residir allí, y aún ahora, mientras escribo me parece menos explicar lo que veo con la imaginación, que describir lo que viví.

Como nota predominante hay allí ciertas ideas que flotan en el ambiente y parecen casi intangibles. Estuve varias veces en un edificio a manera de central eléctrica, donde toda emoción era un pensamiento y sentimiento insistentes, y sin embargo, nada veían girar mis ojos. Así, en el lugar soñado, ciertas ideas, aunque invisibles e intangibles, son como la presión atmosférica que nos rodea, y no obstante parecen palpitar en todo cuanto vive. De entre estas ideas, sobresalen dos preponderantes, la de infancia y la de ancianidad.

Doquiera que vayáis, hombres y mujeres obsesionados por la idea de que el Estado sólo existe en interés de los niños. Ni pensamientos de negocios ni de placeres predominan en sus mentes; el único tema que les fascina es: ¿cómo haremos a los niños más felices de lo que ahora son? Así como nosotros leemos cada mañana el diario buscando noticias de negocios, diversiones, política, literatura o arte, según el atractivo que para nosotros tengan, así en aquel Estado, cada mañana hombres y mujeres comienzan el día buscando con ahínco cualesquiera ideas nuevas que aparezcan en el mundo para dicha de los niños.

Aquellas gentes no se identifican con el Estado, sino que en su mente prevalece el pensamiento de que los niños constituyen el Estado. Todas sus ocupaciones cotidianas están magnetizadas por este pensamiento capital y todos los asuntos nacionales se encaminan al bienestar de los niños. Que los niños estén contentos y sean felices, no intermitentemente sino en todo momento; esto es para aquellas gentes la Ley y los Profetas. Su idea de virtud es que, quienquiera que sea, contribuya al bienestar de los niños. Así como nosotros llamamos patria a nuestro país y cuantos lo pueblan, así también de opuesto modo llaman aquellas gentes a su país “tierra de los niños”. Así como entre nosotros el patriotismo o “servicio paternal” resume los deberes y virtudes del ciudadano respecto del Estado, entre aquellas gentes sintetiza análogas virtudes la frase “servicio a la infancia”.

Si los mayores piensan siempre en los niños, es igualmente raro para nosotros que los niños piensen siempre en los viejos. Se les enseña a los niños que hay algo de misterioso y que infunde respeto en el hombre o mujer cuando al pasar de cierta edad decaen sus fuerzas físicas; se les enseña a mirar a los ancianos con el mismo orgullo y veneración que sentimos hoy por nuestros héroes nacionales. Parece como si los niños viesan en cada palabra de los viejos una perla de sabiduría. El privilegio de servir a un anciano, se considera ciertamente como el mayor honor que puede haber a un niño.

Por supuesto los niños aman más ardorosamente a los de su propia generación, o a las personas de la generación precedente como padres, tíos y tías; y sin embargo resulta extraño que instintivamente prefieran servir a los de dos o más generaciones anteriores a ellos.

Desde luego que en este Estado no se conocen apenas las penalidades físicas. Después de cierta edad, hombres y mujeres se retiran de las ocupaciones activas, porque desde entonces el Estado les asegura una vida tranquila en recompensa de los servicios que le prestaron como laboriosos

ciudadanos. Pero este reposo físico de los ancianos, no es lo que llama la atención, sino el respeto que les muestran los niños. Cuando éstos llegan a hombres, algunos de ellos son mucho más hábiles que cualquiera de sus antecesores, y aunque no pueden por menos de reconocerlo así, no se engríen de ello ni menosprecian a los viejos porque sean menos hábiles.

La educación recibida en la infancia persiste cuando son hombres, manifestada en respetuosa cortesía hacia los ancianos y en devoción por su bienestar. Todo ciudadano considera que su deber con los niños va unido con el de los ancianos y desvalidos.

Aquellas gentes tienen su religión, pero las imágenes mentales son tan nuevas que no es fácil describirlas. El pensamiento de las flores cruza de continuo con sus ideas de bondad y nobleza. Piensan que en cada cual hay una flor que se abre lentamente. Así como nosotros decimos “el alma del hombre” ellos dicen “la flor en el hombre”. Cuando alguien presta un servicio, dicen “su flor se está abriendo”. Creen en una inteligencia Suprema que dirige todas las cosas y la llaman “Flor de las Flores”.

Las flores de la naturaleza tienen para ellos un significado que no tienen para nosotros en este mundo. En cada flor, ven el espejo de una virtud, creen que “la flor en el hombre” puede abrirse de tres modos distintos: por el poder, por la sabiduría o por el amor. Cada una de estas modalidades entraña centenares de virtudes, y cada virtud se refleja en una flor. Siempre que un hombre, una mujer o un niño ven una flor, advierten en ella un significado; en una flor, renunciación, en otra, humildad; en otra, gozoso sacrificio. Les parece que las flores de la naturaleza provocan la eclosión de las flores en los hombres, y por lo mismo se rodean de flores.

Todos los nombres de sus flores les recuerdan fases de la vida. Así como nosotros les damos a las flores nombres como jacintos, margaritas, espuela de caballero, flor de noche, diente de león, siempreviva, etc., así ellos dan nombre a sus flores con frases como: beso y amistad, dulce musiteo y sonrisa infantil. Tienen una correspondiente a nuestro “nomeolvides” que llaman “buscaluz” y es la favorita de los corazones suaves y tiernos. La flor que simboliza el amor es una rosa silvestre llamada “todo tuyo”. Los enamorados se entregan recíprocamente esta flor al prometerse. La flor sagrada es una variedad cultivada del “todo tuyo” y la llaman “flor del Corazón”, ofreciéndola en los altares a “Flor de las Flores”.

En sentido oculto, identifican la infancia con las flores.

Hombres y mujeres cavan la tierra, siembran las semillas, cultivan las plantas, cumplen cuanto labor manual requiere la jardinería; pero consideran a los niños como los verdaderos jardineros cuyas insinuaciones deben seguirse implícitamente en todo lo relativo a las flores. Los niños insinúan el ordenamiento de los diversos colores en los arriates; los dibujos que debe formar la plantación, y qué flores ha de colocarse contiguas; pues los mayores se dan cuenta de que las flores hablan más audiblemente a los niños que a ellos, por lo que siempre consultan a los niños acerca de las flores.

Los niños y las flores toman parte principal en la imaginación de las gentes. Así como las flores que sugieren virtudes, asimismo creen que cada niño representa más particularmente alguna virtud. Se alegran tanto de ver a un niño, como nosotros de encontrar una flor campestre en primavera tras largo y crudo invierno.

Cuando la corriente del verdadero amor une en matrimonio dos tiernos y dulces corazones, ruegan devotamente que les nazcan muchos hijos para que les bendigan al rodearlos de virtudes.

Los padres consideran que un niño nacido de ellos trae consigo dos grandes privilegios; el de meditar sobre una virtud representada por el niño, y el de florecer en una virtud evocada por la presencia del niño entre ellos. Dicen que tal niño refleja inocencia; tal otro candor; otro encarna la alegría del vivir y otro las inestimables dotes de mando.

El buen humor es entre ellos una virtud, pero de nada se burlan, sino que al sonreír se compadecen. De cuando en cuando encuentran algún niño que con sus originales y donosos reparos les hace sentir la vida de un modo hondamente placentero, por lo que le observan y estudian como nosotros a los genios incipientes.

Los hijos de aquellas gentes, como todos, tienen sus peculiaridades, y los padres se dan cuenta de que ellos deben manifestar aquellas virtudes que los niños deben desarrollar. Cuando un niño es de carácter violento, los padres piensan “es que debemos acrecentar nuestra paciencia”, y aún cuando fracasen en esta virtud, jamás condenan al niño por la irascibilidad que sienten.

Si un niño es desobediente, se dicen a sí mismos: “¡Cuán poco conocemos nosotros el privilegio de la obediencia!; puesto que no hemos aprendido hasta ahora a renunciar a nuestros deseos, es natural que no tengamos éxito en guiar la voluntad de los demás a través de sus deseos”. Y lo mismo piensan acerca de cualquiera manifestación, buena o mala del carácter de los niños. En los buenos ven reflejadas las propias virtudes, en los malos, atienden a un llamamiento para fomentar alguna virtud.

II

JARDINES

Aquellas gentes tienen la idea de que su Estado es “su jardín”. Sus mentes saben distinguir claramente entre el bien y el mal, y también entresacan de las flores sus símiles en cuestiones de ética. Aunque todas las flores son para ellos espejos de virtudes, consideran algunas virtudes tan sólo convenientes a una pasada edad y como impedimento y estorbo en la edad en que viven. Distinguen las plantas útiles de las nocivas, aunque ambas florezcan; y cuando hallan una planta nociva en un jardín, la trasplantan a un lugar especial para que no muera, pero tienen gran cuidado de que aunque viva, no florezca ni produzca nuevas semillas.

Comprenden que aún los malos tienen su lugar en la evolución, y son eslabones de la gran cadena de la vida, y que sin ellos, las flores óptimas pudieran no haber evolucionado. Miran lo dañino como perfectamente natural, con derecho a vivir en su lugar propio, pero sin el de propagarse en una época que ha traspasado los límites de la pasada edad del mal.

Aplican esta idea a la ética; y así, cuando alguien obra mal dicen: “Este es como cizaña en nuestro jardín y debemos trasplantarlo porque no lo dañe”. Y no guardan resentimiento hacia el malvado, sino que lo miran como una cosa natural, pero como una supervivencia del pasado a quien no se le debe permitir que se aproveche de las presentes condiciones para vampirizar la vitalidad propia de las verdaderas flores. Consideran cuestión de honor alimentar la idea de que “el mal en un hombre” es simplemente una reminiscencia del pasado y no forma parte del hombre en la época presente. Sea cual fuere el mal que un hombre haya realizado, creen de su deber pensar en él como si *no* hubiese hecho. No es que cierren los ojos ante los hechos, sino que tienen la rara creencia de que el pasado no es inmutable ni irrevocable. Creen que el pasado puede modificarse para uno y para todos; pero no admiten la redención del pasado por medio de servicios futuros, sino que se proponen cambiarlo como si el mal no se hubiese hecho.

Son sus ideas tan nuevas, y de tal modo revolucionan nuestros actuales conceptos, que no es fácil esclarecerlas. Veamos lo que aquellas gentes hacen para cambiar el pasado. Supongamos que un hombre ha cometido un crimen. El juez le sentenciará a cumplir determinado servicio para contrabalancear el perjuicio que causó al Estado. El castigo no aparece en sus leyes, pues su idea capital es el ajuste y restablecimiento del equilibrio. Pero mientras se equilibra la balanza, mientras el culpable está ocupado en equilibrarla, el juez, el público y el mismo criminal, todos prescinden de lo pasado como si *no* hubiese sucedido ni resultado de ello perjuicio alguno.

Por otra parte, cada cual según su conocimiento del suceso, reflexiona sobre el pasado, lo repasa incidente por incidente y donde aparecen elementos perturbadores prescinden de ellos como si *no* hubiesen ocurrido, y así no dan preponderancia al crimen. Algunas veces, el culpable sabe muy bien por qué floreció “el mal” en él, y cuáles fueron las condiciones que predispusieron su crecimiento; otras veces hay quienes saben todo esto mejor que el mismo culpable. Pero sea quien fuere que lo sepa, y según como lo sepa, arranca los hilos del dibujo entret Tejido en el telar del tiempo y lo substituye por otros nuevos. Esto, dicen ellos que es la única redención, porque sólo así puede invalidarse el mal.

De esta suerte, parece como si cada cual viviera no tan solo en el presente, sino también en el pasado examinando el tejido en aquella parte del telar donde pensamos que se arrolló para siempre. Cada cual revive el pasado con su más firme carácter presente, a la luz de su ya más plena sabiduría.

Así como nosotros tenemos siempre la mirada fija en el futuro donde están nuestras esperanzas, así aquellas gentes miran atrás y ven que de nuevo tejen ahora todo su consuelo y bienestar.

No piensan en el futuro, ni proyectan modelarlo, sino que dicen: “la flor en el hombre” se desplegará según su propia naturaleza, y su crecimiento ha de ser siempre bello si así lo fue el pasado.

Dicen que un jardinero no necesita estirar los pétalos para que una flor se abra; la flor se abrirá de por sí con tal que a su debido tiempo le dé lo necesario para crecer. Su idea acerca del futuro más o menos lejano es: “Mi Flor crecerá en la dirección que Flor de las Flores le ha señalado”.

Amo a los niños como los aman, y rodeados como están de flores, no es preciso decir que estas gentes son sumamente intuitivas hasta el punto de poder afirmar que su especial característica es la intuición. En este punto no hay diferencia de sexos, pues hombres y mujeres son igualmente sensitivos para lo que no se manifiesta a su conciencia normal como un hecho presente o un suceso futuro. Excepto en las necesarias diferencias psicológicas de los cuerpos, nada parece distinguir al hombre de la mujer en lo relativo a las modalidades del pensar y sentir. Un sexo no se jacta de más inteligente, ni el otro se considera mayormente dotado de sensibilidad, sino que ambos sexos se dan perfecta cuenta de que hay dos clases de sentido: un sentido común aplicable a los sucesos ordinarios y familiares, y un sentido no común que debe emplearse cuando no todos los factores necesarios de un problema están en la mente. Este no común sentido es la intuición, cuyas manifestaciones reconocen de todas maneras. Donde la intuición no les ilumina, emplean el regular procedimiento mental; pero en donde se manifestó una vez la intuición, prescindieron de los hechos que la contradigan y siguen firmemente la línea de conducta correlativa a lo que su intuición les dicta. Dicen que la intuición es el reconocimiento de la gran “Flor de las Flores” por parte de la “flor en el hombre”.

Un resultado de su viva intuición, es que no se echa de ver en ellos espíritu de crítica. A primera vista, esto parece apatía intelectual, pero bien mirado, se trata de que la tolerancia se basa en una profunda convicción. Dicen “que la flor en el hombre” conoce su destino futuro, y se abrirá según la ley de su ser, por lo que es mera presunción criticar cómo se abre una flor. La observación de la vida de las plantas, les ayuda en sus razonamientos. Han reparado en que las flores de una misma especie, muestran ligeras variantes de forma y color, y que de misteriosa manera llegan a fijarse una o más de estas variantes, y originan así nuevas especies; por lo que una variante, no tan sólo no es contra naturaleza sino que se la debe observar, puesto que de ella pueden derivarse nuevas especies. Análogamente observan en los demás modalidades de pensamiento y acción que no pueden explicar, pero jamás consideran desequilibrados a los caracteres raros y enigmáticos aunque sean anormales; pero como tan sólo en la anormalidad está la única esperanza de adelanto, son más bien objeto de estudio que de vituperio, porque no van por caminos trillados. Además, como la intuición desempeña tan prominente papel en sus vidas, todos saben por experiencia que al obedecer a su intuición y seguir la para ellos línea recta, pueden otros juzgarlos errabundos y quizá del todo desviados de su camino. Sabiendo cuán falso e injusto es a la par quien critica a otro, dicen: “Observa cómo crecen las flores y aprende; tu deber es abrirte tú mismo, y no decir a los demás cómo han de abrirse”.

Sorprendente es el resultado de la índole de estas gentes, pues por una parte son muy introspectivos y pensadores y por otra muy vivaces y espontáneos. Aún ya viejos, conservan algo de la receptividad que los niños muestran para las nuevas impresiones. Jóvenes y viejos, tienen una sonrisa peculiarmente seductora, la sonrisa de las almas que nada temen, que viven del todo en el presente y empiezan a sentir su identidad con cuanto vive.

No tienen ambiciones, y tal vez esta es la causa de que no son fornidos; pero en cambio son perfectamente sinceros y llenos de gracia en el pensar y en el sentir. Viven como las flores y toman la pena y el gozo con infantil ingenuidad, de suerte que menos en algún aspecto, se les podría llamar niños en todo lo demás.

En esta su vida tan semejante a la de los niños, “la flor en el hombre” manifiesta de cuando en cuando extrema perfección de pensamiento, sentimiento y acción. Cada una de estas manifestaciones, añade a la vida algo de lo que nunca tuvo antes, porque “las flores” son entonces reveladores vislumbres de la belleza de la Flor de las Flores.

Comparados con nosotros, las gentes del país de mi sueño, son verdaderamente niños en algunos aspectos; pero niños que cada cual tiene una chispa de genio diferente de todas las demás. Vivir con ellos es como vivir durante el florecimiento de un gran ciclo artístico.

No se abstraen a la vida y la dejan que pase, sino que advierten que la vida crea por medio de ellos, y tranquila y sencillamente se penetran del espíritu de esta creación. Aunque por falta de vigor corporal parecen niños y gentes “primitivas”, cada uno de ellos es como si dijéramos el fundador de una escuela de arte propio.

III

JARDINEROS – LA CABEZA

En aquel país de mi sueño, había un reducido número de personas a quienes las gentes llamaban Jardineros. Sin duda ejercen autoridad en analogía a nuestros gobernantes; pero como las gentes consideran a su país como un jardín, natural es que llamen Jardineros a quienes lo gobiernan.

Los Jardineros constituyen de por sí una clase o casta y no parecen ser almas infantiles como el resto de la comunidad. En efecto, son almas de viva imaginación y enérgico carácter, y pocos en las naciones de hoy día pueden igualarles en altruismo e idealismo. Son pocos en número y dirigen todos los asuntos del país. Son enteramente constantes y tan sólo piensan en el bienestar de sus administrados. Podemos compararles a los dedos de una enorme mano, y las gentes les obedecen con absoluta confianza. No ganaron sus altos puestos por la fuerza de las armas, sino por el poder de la renunciación. Así como al llegar la primavera fluye la savia en árboles y flores, así en presencia de un Jardinero parece como si hombres, mujeres y niños florecieran en amor, sabiduría y poder. Las gentes conocen que los Jardineros son de otra estirpe y que sus “Flores” están de misteriosa manera más cercanas a “Flor de las Flores”.

Entre los Jardineros hay dos que parecen sus Jefes. En el país se les llama la Cabeza y el Corazón. Las funciones de la Cabeza parece que son dar a las gentes la fuerza requerida para su labor, y la del Corazón, darles para ello el necesario conocimiento.

Esta comunidad vive en el mundo como una pequeña unidad entre las demás naciones. La lucha por la existencia es aún la ley de la vida, y las gentes de corazón sencillo del país de mi sueño, perecerían si no fuesen capaces de subvenir a sus necesidades en el mundo.

Aunque la vida en la comunidad es como el crecimiento de las flores, llevan sin embargo una vida austera compatible con su relación con las demás naciones.

El acrecentamiento de las comodidades para fomentar el intercambio y el comercio, y la constante lucha de cualquier clase que sea, es perjudicial a la comunidad, y exige arduas actividades tanto individuales como nacionales. Estas actividades, si no son bien guiadas, podrían cambiar radicalmente el modo de ser de las gentes. La labor de la Cabeza es dirigirlas y organizarlas de manera que como estado se sostenga a sí mismo en el mundo, y como comunidad, mantenga las bellezas y respire el perfume de un bien ordenado jardín.

Además de la organización de las actividades del pueblo que llevan a cabo los Jardineros que están a sus órdenes, la Cabeza infunde en las gentes cierto poder para realizar cuanto está proyectado en los reinos del pensamiento, del sentimiento o de la acción. La Cabeza irradia amor, ternura y simpatía como lo hacen todos los Jardineros, pero a Él las gentes le reconocen un maravilloso don que ninguno de los otros posee en el Jardín. Esta cualidad es la de ir directamente a un objeto y conseguirlo a pesar de todos los obstáculos. Cualquier cosa que deba hacerse, la Cabeza ve de una vez el método más directo de conseguirla y no se preocupa de los entorpecimientos y obstáculos, pero no obra precipitadamente. Parece la encarnación de un poder irresistible ante el que desaparecen todos los impedimentos.

Sucede a veces que surge un obstáculo que no pueden vencer las fuerzas que gobiernan, pero no se detiene a buscar otro medio más fácil. Su acción entonces viene a ser como la de una corriente eléctrica que, al tropezar con alguna resistencia, crece en intensidad y al fin funde el obstáculo. El temporáneo choque y el gasto de energía empleado en esquivar los impedimentos parecen no preocuparle. Para Él es como si habiendo quedado destruido uno de sus centros de energía, tuviese aún a su disposición el caudal de un Niágara y pudiese conducirlo a un centenar de centros para emplearlos según sus necesidades.

El objeto de la Cabeza, es infundir su propio espíritu en sus gentes.

Se mueve entre ellos y les enseña cómo han de hacer las cosas. Cualquiera que sea la ocupación de un individuo, la Cabeza parece como un artífice de la misma en el conocimiento de sus principios, aunque Él alcanza estos resultados no por la inteligencia, sino por un don divino que posee de dirigir y encaminar las cosas según su voluntad. Él trata de transferir a las gentes algo de este don inclinándolos siempre a ser de voluntad positiva ante cualquier tarea que se les ofrezca. “Puedo” y “No puedo” son frases que no aprueba, y en lugar de esta negatividad, prefiere que todos sean positivos ante las actividades de la vida, y digan “Quiero” o “No quiero” según su propio juicio y según como convenga a su objetivo.

La Cabeza no predica su mensaje y rara vez lo explica; su método usual es dar una simple orden. Esta orden se reduce a la menor cantidad de palabras posible, y parece más bien una orden militar. Solamente que no encierra la idea de castigo si es desobedecida. Pero nadie la desobedece, cualesquiera que sean las dificultades y el dolor que esté seguro de hallar mientras la ejecute.

Cuando la Cabeza da una orden, ésta lo significa todo para el que la recibe, e implica también el poder de ejecutarla. Esta es la misteriosa cualidad que caracteriza a la Cabeza. Así como algunos irradian amor y otros sabiduría, Él irradia poder. El niño que se desespera porque se le ha roto un juguete y la Cabeza le consuela diciéndole cómo ha de arreglarlo y el niño lo arregla, encuentra después el juguete arreglado más precioso, pues ahora contiene algo de sí mismo. Si la Cabeza da un consejo a un hombre que se encuentre ante una tarea que le parece superior a sus fuerzas y se desespera, alcanza por ello fuerza de voluntad para prepararla y acabarla.

Entre los hombres y mujeres de la comunidad, hay pocos, muy pocos que instintivamente imiten a la Cabeza en sus métodos eléctricos de actividad. La mayoría piensan antes la manera cómo apartarán éste o aquél obstáculo y cómo resolverán esta o aquella circunstancia. Pero todos sienten un temor reverente hacia Sus métodos, y como si a través de Sus actos les revelase algo de la Divinidad omnipotente que se manifiesta en ellos. Estudian su técnica, poniendo en ello toda su habilidad, y encuentran en ello toda su habilidad, y encuentran en ello un poderoso estímulo para el aspecto voluntad de sus naturalezas, a medida que observan la manera cómo los actos de la Cabeza conducen a un más rápido y más corto camino de llevar a cabo sus propósitos. Aunque tan sólo unos pocos le comprenden, todos sienten sin embargo, que al ponerse en contacto con Él, es como si se hallasen de pronto en un campo de fuerza electromagnética inextinguible, y pudiesen descubrir la manera de utilizar esta fuerza magnética para la labor. También es tarea de la Cabeza enseñar a las gentes cómo convertir sus corazones y mentes en transformadores individuales para utilizar las energías de que Él noche y día les rodea.

IV

JARDINEROS – EL CORAZÓN

Si la acción que la Cabeza ejerce en Su pueblo es un poder eléctrico, la acción del Corazón se asemeja a los rayos del Sol. Así como la Cabeza irradia poder, el Corazón irradia sabiduría. Pero esta sabiduría, no es el mero conocimiento, sino la comprensión de todas las causas, unida a una profunda simpatía acrecentada con un esplendoroso idealismo. Así como la Cabeza les transmite el poder de acción, el Corazón les da el poder de imaginar. El Corazón les cobija, haciendo brillar en cada uno de ellos la escondida luz de la intuición. Él hace con sus “flores” para que se abran, lo que los rayos del sol en bosques y campos, para que las plantas florezcan.

El trabajo visible del Corazón, es enseñar a las gentes que tan sólo hay medio de convertir sus pensamientos y sentimientos en transformadores de las maravillosas fuerzas de que la Cabeza les rodea; este medio único, es Lealtad en el Obrar. Él les dice que “Flor de las Flores” está siempre actuando en la naturaleza visible e invisible. “La flor en el hombre” tan sólo se abrirá, según la manera como cada uno trate de imitar a la gran Flor Cósmica. Así, todo debe trabajar, porque en el trabajo está la vida, y la vida ideal, es crecer como crecen las flores.

Según el Corazón, tan sólo es necesaria una cosa para crecer como las flores, y es dedicarse a la propia labor. Esto lo explica Él a las gentes como significando la realización de lo que en la vida es más esencial, esto es, que el trabajo que cada uno ejecute se haga según un cierto ideal y no porque uno sea más o menos feliz ejecutándolo. La felicidad se deriva siempre de la lealtad a la obra, una felicidad que sobrepasa al cuerpo y al cerebro; pero tal felicidad es tan sólo para los que a través del desengaño, han aprendido la amarga lección de que lo que importa es la labor y no ellos mismos. No hay inspiración más grande en la vida, dice el Corazón, que sentir que Flor de las Flores crece en nosotros, y cada vez que pensáis en que vuestra labor es lo primero y principal, y no en la felicidad que os cabe como artífices, crece la gran Flor Cósmica. Porque cuando crece la “flor en el hombre” es realmente “Flor de las Flores” la que crece en él y a través de él, porque sólo hay una vida en “Flor de las Flores” y en la “flor en el hombre” y el crecimiento de ambas es inseparable.

A todo hombre, mujer y niño, se le enseña que en cada momento del día deben crecer como las flores, porque ellos saben que crecen igualmente mientras trabajan o juegan, así como cuando adoran a “Flor de las Flores” en el Templo. Así, doquiera y cualquiera que sea la ocupación, cada cual debe esforzarse en alcanzar cierto ideal de labor, y el Corazón les enseña lo que significa el ideal en cada actividad de la vida. Enseña a los niños que en sus juegos, que con su labor propia, el ideal debe ser olvidar sus pequeñas personalidades y procurar dedicarse a embellecer el conjunto; porque a través de ellos juega “Flor de las Flores”, y no es la victoria de un individuo o de un bando lo que “Flor de las Flores” necesita, sino que por medio del juego crezcan todos como crecen las flores.

El Corazón enseña a los mayores que en todas las artes y oficios, en el hogar y en el campo, en el taller y el mercado, deben procurar, no por su beneficio y felicidad personales, sino por el cumplimiento de su labor en un sentido ideal. Entonces “Flor de las Flores” vive a través de ellos en el hogar y trabaja en los campos, en el taller y en el mercado y comercia a través de ellos. Este es el ideal de actividad para todos y para cada uno, el único medio de que el que trabaja pueda crecer como crecen las flores.

Cualquiera que sea la clase de labor por medio de la que “la flor en el hombre” adquiere experiencia y sabiduría, a través de esta labor crecerá “Flor de las Flores”, si no ponemos obstáculos en el camino; y el Corazón explica después a sus pasmados oyentes que “Flor de las Flores” *anhela* crecer, y que, así como nosotros necesitamos a la gran Flor para nuestra vida “Flor de las Flores” necesita nuestra perfección para ser aún más perfecta.

El Corazón enseña además que siempre que un obrero piensa en su labor y no en sí mismo, encuentra luz suficiente en su interior para mostrarle la etapa inmediata que debe seguir. Si cualquiera se detiene porque se le oscurece el sendero, es porque no ha sido fiel a su labor en los pasados días. Él enseña que la Verdad es la medida de todas las cosas, y el patrón a que todas han de sujetarse está en las palabras, en los pensamientos y en los sentimientos. Aconseja a las gentes que nunca empleen las palabras más que en su exacto significado, que nunca hagan el relato de una cosa o de un suceso que no sea con la mayor precisión de que sean capaces. De las palabras pasa a los pensamientos y a los sentimientos y les explica cómo han de ser verídicos en ambos, ante cualquier circunstancia que se les presente. La verdad en los sentimientos es serena simpatía, como la verdad en pensamiento es juicio impersonal, y donde ambos existen está siempre la verdad en la acción, que es servicio. Así y sólo así, dice Él, la intuición no quedará oscurecida, porque la intuición es la más completa verdad acerca de las cosas, y no puede brillar en un hombre si no es verídico en todos los aspectos de su naturaleza.

El Corazón insiste siempre acerca de la perfección que deberá señalar todas las manifestaciones de nuestra naturaleza. Enseña que la perfección no es una cosa que se adquiriera lenta o penosamente, sino que es nuestra divina herencia. ¿Hay otra cosa más perfecta, dice Él, que la feliz sonrisa de un niño, o la perfecta posición de su cuerpo cuando duerme en los brazos de su madre? Nadie le enseñó la técnica de lo bello, y sin embargo, el artista que intente copiarlo, nunca lo reproducirá fielmente. Si la belleza no estuviese en nosotros, no la veríamos en todas partes. No somos extranjeros en el país de lo bello, somos sus amantes y queridos ciudadanos.

Así pues, el Corazón enseña a su pueblo que la perfección está en nosotros y se manifestará por sí misma si no ponemos obstáculos en su camino. Abstengámonos, pues, de emplear ni una sola palabra que signifique ofensa o perjuicio a otro, ni pronunciemos jamás una sola frase que encierre una señal de malicia por muy aguda y chistosa que nos parezca, y de este modo, lentamente, nuestra conversación será más perfecta; estudiémoslo y no superficialmente, y nuestros pensamientos fluirán en bellas expresiones; y si consagramos nuestras acciones al servicio de nuestros semejantes, nos perfeccionaremos en ellas como lo es “Flor de las Flores”. Pero ¡ay! Del que alguna vez viole estas leyes, pues entonces su naturaleza se desviará y el desvío dejará sus trazas en cada palabra, pensamiento y acto, y pasarán muchas horas de dolor para deshacer el pasado y alcanzar de nuevo el conocimiento de la perfección que es nuestra herencia.

El Corazón mira a cada persona como un reflejo del yo ideal soñado. Todos se sienten comprendidos por Él, que llora con ellos y con ellos sonríe y les transmite siempre la facultad de ver un más feliz futuro, por desdichado que parezca el presente. Todos sienten esto, pero no saben el por qué, y es porque Él vive para poner a tono las “flores de los hombres” con “Flor de las Flores”. Ellos desconocen Su labor en los mundos invisibles donde desempeña diversas funciones. Vive allí una vida maravillosa que tan sólo los Jardineros conocen. Unas veces se identifica con el niño ideal, más tarde con un muchacho y luego con una niña, irradiando la esencia infantil en todos los mundos; otras veces se identifica con el joven o la doncella llenos de ilusiones, tejiendo los sueños de amor de un rosado porvenir. Y de este modo vive Él además como una hermana o amiga amorosa, y como el marido o la esposa ideal hollando la ronda común de los deberes diarios, pero con una perfección desconocida de los hombres.

Como amante en todos sentidos, como artista en cada arte, como un santo en cada religión, vive la vida de los hombres reuniendo en sí todas las esperanzas, todos los sueños y tristezas, ofreciéndolos a “Flor de las Flores” en una ardiente llama de amor. Y “Flor de las Flores” le envía en respuesta poder para imaginar, y a manera de lluvia de verano sobre la tierra sedienta, Él distribuye este poder entre las miríadas que están a su cargo.

JARDINEROS
FLOR DEL CORAZÓN

En la comunidad de mi sueño, los dos jefes eran la Cabeza y el Corazón, y eran como las dos alas de una gran Ave Celeste que cobijaba el pueblo. Pero había también otro cuya vida y actividades eran también necesarias para el bienestar del Estado. Este Jardinero era conocido con el nombre de Flor del Corazón.

Flor del Corazón es la más amada del Corazón entre todos los de su pueblo, y le mira como la encarnación del amor. Es el reflejo de todo lo que es verdadero y digno de ser amado, la perfección de todo lo que pueden dar los seres vivientes. Entre todos los de la comunidad, Flor del Corazón parece ser la que mejor sabe cómo crecen las flores. Las gentes creen ver en Ella un reflejo ideal de cada forma de crecimiento, y todos en diferentes sentidos que no pueden explicarse, sienten que es el símbolo de sus ardientes aspiraciones.

Todos los que han pasado la primavera y el verano de su vida, miran a Flor del Corazón como un símbolo de los goces y bellezas que la primavera y el verano les proporcionaron. Su pasado se renueva cuando la vislumbran, y sus juveniles sueños despiertan una vez más en su imaginación. No es pues extraño, que Flor del Corazón se encargue de todo lo que se relaciona con los ancianos y los enfermos, porque ella puede ponerles a tono con sus ideales mejor que otro cualquiera.

Flor del Corazón tiene su mensaje y lo difunde con peculiar belleza. Enseña a las gentes que la vida es tan sólo verdadera vida, cuando en la nuestra reflejamos la vida de todos los demás. Esta armonía misteriosa la realiza el Corazón en los mundos internos cuando hace su ofrenda a Flor de las Flores; y una armonía semejante, pero de orden distinto, es la que Flor del Corazón enseña a cada hombre, mujer o niño.

La intuición que las gentes poseen normalmente, les da algo del sentimiento de unidad, y Flor del Corazón desarrolla en ellos este sentimiento de manera que se convierta en una manifestación artística de su vida diaria. Les enseña algo del misterio y ritual del arte o armonía de la creación y les muestra la manera de expresar sus ideas y sentimientos en poesía, en música y en pintura. Cada pensamiento y cada sentimiento puros es, según Flor del Corazón, una flor que se abre en los campos celestiales, y tienen una perfecta forma propia que podemos reproducir aquí abajo en alguna forma artística. Así es que todos se deleitan en crear, empleando manos, corazón y cerebro para expresar cada uno, según sus medios, las formas más perfectas que conciben.

Dice Flor del Corazón, que entre un pensamiento y un sentimiento perfecto, y una forma perfecta que es su vehículo, hay una unidad inseparable; donde está el primero, existe también la última si sabemos verla.

Esta forma puede tal vez hallarse en el ritmo de las palabras, o en la armonía de forma y color, o puede tal vez estar en aquella magia de la música que contiene todas las formas y aún las trasciende.

Si tan sólo a unos pocos les es dado encontrar las formas perfectas inmediatamente y sin equivocarse, nos es dado a todos el privilegio de alcanzar algunos destellos de las mismas en todo momento si somos puros. La pureza, según Flor del Corazón, es el don que podemos poseer de reflejar lo mejor que hay en los demás. Pero solamente lo mejor, porque lo bueno corresponde a “Flor de las Flores”, y de poco nos serviría a nosotros ni a los demás reflejar cualquiera otra cosa que no venga de lo alto. Flor del Corazón enseña que para ser capaces de un reflejo tan perfecto, son necesarias dos cosas, a saber: juicio en la selección y maravillosidad en la creación. Lo primero significa habilidad para seleccionar de entre las experiencias inherentes a los hombres, tan sólo aquello cuya posesión es permanente. Nuestros pensamientos y sentimientos son tan sólo verdaderamente nuestros cuando hay en ellos lo que existe en todos los demás y nada que se refiera a uno mismo particularmente. Así, si uno pinta un paisaje, Flor del Corazón enseña al artista a seleccionar de la naturaleza que está ante él, tan sólo aquellos aspectos que puedan ser vistos o sentidos también en otros aspectos análogos de la naturaleza. Si se trata de una poesía, dice entonces “Flor del Corazón”: Contad tan sólo aquellos pensamientos y sentimientos que pertenecen a todos, o los sentimientos e ideas vuestros según la intuición os diga que otros pueden sentirlos y comprenderlos, pero no expresarlos de un modo justo en ninguna forma de arte.

Sea lo que fuere lo que creéis, recordad que una vez lo habéis creado ya no es vuestro, porque si no lo hacéis así perderíais el mayor don que el artista debe poseer, la maravillosidad en la creación. Porque en cada obra de arte, no es en realidad el artista quien crea, sino Flor de las Flores; lo que hace el artista es conocerla y revelarla. Si bien la felicidad de poder crear es grande, más exquisito y asombroso todavía es sentir que no sois vosotros quien crea, sino Otro.

Alrededor e íntimamente relacionados con el Corazón y Flor del Corazón, crece una generación joven para ayudarles en su labor unificadora. Como sea que esta joven generación va entre las gentes instruyéndolas e inspirándolas, tienen bellos nombres. Luz de amor, Anheló de amor, Manantial de amor, Ciencia de Amor y Obra de amor. Cada uno florece y difunde un aroma peculiar. Luz de amor, refleja los innumerables aspectos del amor; Anheló de amor, la blanca llama del sacrificio de amor que desvanece las tinieblas; Manantial de amor canta la belleza del amor y de la vida, y derrama el gozo dondequiera que va. Ciencia de amor, posee un claro conocimiento para toda clase de servicios, y Obra de amor, es diestro en organizar toda obra de amor. Estos y Flor del Corazón enseñan a las gentes que es menos útil a los hombres crear cosas nuevas que seguir sus propias ideas, pero de un modo más recto; sentir lo que los demás hombres sienten, pero de un modo más puro, y hacer lo que los hombres hacen, pero de un modo más perfecto.

VI

¿SUEÑO O VISIÓN?

Mientras escribo se extiende ante mí un hermoso jardín en Francia. Apunta la primavera y el jardinero no ha pensado aún en segar el prado. La hierba está espesamente salpicada con margaritas y primulas, porque el sol ha brillado en un cielo sin nubes durante algunos días. Hoy, después de algunos chubascos nocturnos, el sol brilla de nuevo, y todas las flores del prado están abiertas ansiosamente a su luz, y parece como si exhalaran un indescriptible deleite de vivir. Me detengo un momento entre ellas y siento profundamente la belleza del cuadro que tengo ante mí. Pero de súbito, mi pensamiento vuela hacia las distintas ciudades en los diversos países en que he vivido, donde se halla lo que para mí es más bello e inspirador que las flores: las almas de los hombres. ¡Qué cuadros de pobreza y miseria, de degradación y desespero surgen ante mí! Tanta prodigalidad parece haber allí en todas partes del material de almas humanas, que parece como si las flores propias para adornar un hermoso jardín fuesen tronchadas por una máquina devastadora.

Entonces desperté súbitamente, y observé de nuevo la vida en nuestros días, preguntándome: ¿Por qué las naciones no pueden convertirse en jardines, donde hombres y mujeres vivan y crezcan como flores? ¿Es acaso imposible con todos los recursos de que hoy día disponemos, convertir nuestras ciudades en *jardines de hombres* donde éstos puedan aprender el alfabeto de la vida en pensamientos y sentimientos como los niños aprenden el ABC en los jardines de la infancia?

Yo sé que en la actualidad, millares de personas se hacen esta misma pregunta cada día, y que algunos ofrecen soluciones y otros hacen ensayos aquí y allí. Pero yo creo que en esto hay un principio intensamente fundamental y eminentemente práctico, que estos reformadores no han visto todavía, y es que no son cuerpos sino almas.

Aunque todas sus reformas son absolutamente necesarias, quedarán lejos del propio fin, hasta que cambie el concepto de la vida.

Porque la mayor miseria del mundo no viene del hambre, ni de la sed, ni de la enfermedad; la aflicción del mundo se origina de que los hombres no saben cómo han de vivir, aún suponiendo que pudiesen satisfacer todas las necesidades físicas. Excepto por algunas pocas enseñanzas religiosas esparcidas aquí y allí, que hoy día en todas las religiones están más en la letra que en el espíritu, nadie enseña a los ciudadanos de un país los rudimentos de la vida. Nuestros gobiernos legislan más para evitar el crimen que para fomentar la virtud. ¿Quién de nosotros que haya estado en escuelas y universidades puede decir lo que en ellas aprendió acerca de la *vida*? ¿Acaso no hemos aprendido a leer en el libro de la vida tan sólo cuando salimos de la escuela y centros docentes, al resolver por nosotros mismos aquellos problemas de la existencia, de los que tan sólo nos dieron escasamente una ligera idea? ¿Nuestros catedráticos y maestros de escuela, nos dicen acaso que la vida es tan sólo verdadera vida cuando permanecemos desligados de ella y la empleamos únicamente en servicio de las necesidades de nuestra alma?, ¿procuran nuestros hombres de Estado insinuarnos el significado de nuestros idealismos, o la manera cómo hemos de proceder para que no se derrumben al primer soplo? Cuando se nos presenta la necesidad de renunciar a los deseos de nuestro corazón, para que pueda llevarse a cabo una determinada labor, ¿nos dan nuestros gobernantes el testimonio de que cuando nos perdemos así, nos hallamos por toda la eternidad?

El fundamento de esta cuestión está en que lo que nosotros llamaos el “Estado”; nuestras leyes, nuestros sistemas de educación, nuestros ideales cívicos, no llegan a tocar las cosas más íntimas y reales de nuestra vida. ¿Por qué, pues, nuestros hombres de Estado legislan tan sólo para subyugarnos como si fuésemos seres surgidos del mono, y no para guiarnos, ya que también somos ángeles descendidos de los cielos temporalmente? Si ellos forman planes para que olvidemos nuestra herencia de vergüenza, ¿por qué no piensan también en hacernos recordar nuestra herencia de gloria? Nuestros gobernantes nos amonestan cuando la bestia se manifiesta en nosotros, pero ¿qué grito de guerra tienen para darnos cuando peleamos en los campos del idealismo?

Yo sé que todo cambiará lentamente y que el mundo se convertirá en jardín fraterno, donde hombres y mujeres crecerán como las flores. Pero este futuro no llegará, si los idealistas no piensan en ello noche y día. ¿Qué reformas se han llevado a cabo que no hayan sido precedidas por centenares de reformadores platónicos que se ocuparon de ello noche y día en pensamientos, palabras y actos?

.

Tal como lo soñé lo he repetido, porque soñar la verdad es anunciar lo que está proyectado por Aquél cuyos idealismos constituyen nuestra vida y nuestro amor. Aún cuando mis pesares e ilusiones anidan en Uno que sueña a través de mí por mi crecimiento y Su deleite, comprenderéis el significado de mi sueño tan sólo en la medida que os acerquéis a Él. Los hombres van a Ellos por diferentes senderos, pero vivir sumergidos en idealismos, es un camino que yo he recorrido y lo conozco bien. Porque imaginar es formar planes para el futuro servicio, y los sueños de un enamorado son el mayor servicio que puede prestarse.

OFRENDA

OFRENDA

Veraz palabra y voz de amable acento,
Ayuda pronta y daño no inferido;
De mente noble el recto pensamiento;
Pena escondida y goce compartido;
Las flores son que aquí recojo ufano
Y que sonriente dejaré en Tu mano.

* * *

Esperanza a la aurora resurgida
De la tumba de muertas esperanzas;
Voluntad inclinada y decidida
A libertar al mundo de acechanzas;
Amor que a muchos ama en Una vida;
Sueños de placenteras lontananzas;
Las flores son que aquí recojo ufano
Y que sonriente dejaré en Tu mano.
